

ESTUDIO BÍBLICO

CARTA A LOS ROMANOS — N.º 10

POR EL ÉLDER E. J. WAGGONER.

El sexto capítulo de Romanos comienza con una continuación del argumento contenido en el capítulo cinco. Ese argumento es que la vida de Cristo nos es dada para nuestra justificación. La gracia reina por medio de la justicia para vida eterna por Jesucristo nuestro Señor. Gracia es favor, y el salmista nos dice que en su favor hay vida; y así, «siendo justificados gratuitamente por su gracia», es simplemente la dádiva de la vida de Cristo sobre nosotros. Esa vida es una vida sin pecado. Cristo en nosotros obedece y por su obediencia somos hechos justos.

«¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? ¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección.»

Ahora bien, este capítulo nos muestra cómo nos conectamos con Cristo y lo que esa conexión hace por nosotros. En el capítulo anterior aprendimos que el juicio había pasado sobre todos los hombres para condenación, y que la sentencia de muerte había sido pronunciada sobre cada hombre en este mundo. La sentencia de muerte ha sido dictada, y la muerte opera en los hombres. ¿Por qué opera la muerte en los hombres? ¿Cuál es el poder peculiar de la muerte? ¡Es el pecado! «El aguijón de la muerte es el pecado». Por lo tanto, el pecado obrando en los hombres es simplemente la muerte obrando en ellos. Los hombres que son pecadores son aguijoneados por la muerte. La muerte ya está en ellos, y está llevando a cabo su obra en ellos, y es solo cuestión de tiempo hasta que los tenga en su poder para siempre. Pero mientras la probación continúa, existe la

posibilidad de que los hombres escapen de ese aguijón y de la ejecución de esa pena. Sin embargo, Dios debe ser justo, incluso mientras es el justificador de los que en él creen. La sentencia de muerte ha sido pronunciada sobre todo hombre, y esa sentencia será ejecutada. Todo hombre debe morir, porque todos los hombres han pecado.

Pero a cada hombre se le da una elección sobre cuándo morirá. Cristo murió por todos los hombres. Podemos reconocer su muerte y morir en él y así obtener su vida; o, por otro lado, podemos, si lo deseamos, negarnos a reconocerlo y morir en nosotros mismos. Pero morir debemos. La muerte ha pasado sobre todos los hombres, y todos los hombres deben morir. La vida de todo hombre está perdida; por nosotros mismos no tenemos vida alguna.

La Escritura dice claramente: «El que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.» (1 Juan 5:12). Ahora bien, viendo que estamos en esa condición, cuando la muerte reclama su rescate, ¿qué vamos a hacer? ¿No veis que quedamos sin vida? Si debo mil dólares y tengo exactamente mil dólares en mi poder, cuando pago esa deuda, me quedo sin un centavo, ¿no es así? Así es con esta vida nuestra. Todos tenemos una vida en nuestro poder, pero no nos pertenece. Ha sido confiscada por la ley. No nos pertenece en absoluto. Cuando la ley exige esa confiscación, y esa vida nuestra se ha ido, entonces no nos queda nada más que la muerte eterna.

Pero Cristo, el Hijo de Dios, tiene tanta vida en sí mismo que puede dar vida a todo hombre y aún le queda la misma cantidad de vida. Él no estaba bajo ninguna obligación de venir a la tierra y pasar por la experiencia que pasó. Él tenía gloria en el cielo; tenía la adoración de todos los ángeles; tenía riquezas y poder; pero los dejó todos, e incluso se despojó de su gloria y de su honor; vino a la tierra como un hombre pobre, tomó la forma de siervo y fue hecho en todas las cosas semejante a aquellos a quienes vino a salvar.

Él obró justicia aquí en la carne. ¿Para qué lo hizo? ¿Para sí mismo? No, no tenía ninguna necesidad de ello. Tenía riquezas para empezar. Tenía todo lo que podía tener cuando estaba en el cielo. Pero aquí en la tierra, como hombre, obró

justicia y redención eterna para poder darnoslas. Esa es la única razón que lo trajo al mundo. Él tiene toda esa justicia que obró aquí, y la dará y la da a los hombres. Así pagó la pena de la ley, ¿para sí mismo? ¡No! Él no tenía pecado, por consiguiente, la ley no tenía ningún reclamo sobre él.

En la segunda carta a los Corintios, capítulo cinco, y versículo veintiuno, el apóstol Pablo dice: «Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.» (2 Corintios 5:21). Así fue que Él sufrió la pena, no por sí mismo, sino por nosotros. Cuando por fe nos aferramos a Cristo y nos unimos a él, de modo que nos identificamos con él, entonces tenemos esa vida que él tiene para otorgar.

Pero pagar la pena, sufrir la confiscación, debemos; porque la ley exigirá la confiscación. Pero como dije antes, tenemos la elección de si esperaremos y dejaremos que la ley nos quite la confiscación, en un momento en que no nos quedará nada después de que se haya ido, o si entregaremos la vida confiscada cuando podamos tomar la vida de Cristo y tenerla después de haber pagado la confiscación.

Ahora bien, ¿cómo nos aferramos a Cristo? ¿Cómo obtenemos el beneficio de esa vida justa suya? —Es en el acto de la muerte. ¿En qué punto tocamos a Cristo y hacemos la conexión? ¿En qué punto del ministerio de Cristo él nos toca y efectúa la unión? —Es en el punto más bajo posible donde el hombre puede ser tocado, y ese es la muerte. En todo él es hecho semejante a sus hermanos, así que Él toma lo más bajo de esto, —el punto de la muerte—, y ahí es, cuando estamos realmente muertos, que entramos en Cristo.

La ceremonia del bautismo es simplemente el símbolo de la muerte y resurrección de Cristo. Dice Pablo en Gálatas 3:27: «Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos.» (Gálatas 3:27). En Romanos dice: «Todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte». Pero si morimos con Cristo, estamos obligados y seguros de vivir de nuevo; porque Cristo está vivo. Aquí podemos aplicar con fuerza las palabras de Pedro en Hechos 2:24: «a quien Dios levantó, sueltos los

dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella.» (Hechos 2:24). Era absolutamente imposible que la muerte retuviera a Cristo. Por lo tanto, si morimos con él, y en nuestra muerte nos unimos a él, también viviremos con él. El gran pensamiento en torno al cual se agrupa toda la Biblia es la muerte y resurrección con Cristo. *Si morimos con él, volveremos a vivir.*

Morimos con Él, —¿cuándo? ¡Ahora! Cuando reconocemos nuestra vida perdida y renunciamos a todas las pretensiones de esa vida y a todo lo que está conectado con ella, en ese mismo momento morimos con Cristo. Ahora bien, ¿qué es este renunciar a nuestra vida? Vida representa todo lo que un hombre tiene. Representa todo lo que pertenece a la vida. ¿Qué es, entonces, lo que pertenece a la vida que naturalmente tenemos en nosotros mismos? ¡Es el pecado! Es la concupiscencia de la carne, y la concupiscencia de los ojos, y la vanagloria de la vida. Es la envidia, la malicia, el mal hablar y el mal pensar; todas estas cosas componen la vida natural, porque vemos que todo hombre que tiene la vida natural, tiene estas cosas. Son parte de su vida. Entran en la vida de todo hombre en la tierra.

Cuando llegamos a ese punto donde vemos que tenemos esas cosas y estamos listos para renunciar a ellas y pagar la confiscación, entonces es que podemos morir con Cristo y tomar su vida sin pecado en su lugar. Al renunciar a esa vida nuestra, renunciamos a todas estas cosas, y cuando todas son entregadas, entonces estamos muertos con Cristo. Pero así como estamos seguros de que las renunciamos y morimos con Cristo, así de seguros debemos ser resucitados de nuevo, porque Cristo ha resucitado, y entonces andamos en novedad de vida. Esa nueva vida, —esa novedad de vida que tenemos—, es la vida de Cristo, y es una VIDA SIN PECADO. Sabiendo esto: «que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado».

Aquí está el secreto de todo esfuerzo misionero. Cuando un hombre llega al punto donde en verdad considera que no tiene vida propia, y renuncia a la vida perdida que tenía en su posesión, y la vida que vive en la carne la vive por fe en el Hijo de Dios; entonces Cristo es su vida, y su vida está «escondida con Cristo en

Dios». Ha sido resucitado a novedad de vida por fe en la operación de Dios. ¿Qué temerá de lo que los hombres digan de él? Se dirá a sí mismo: «No yo, sino Cristo vive en mí».

¿Qué le importará si es llamado a ir a un lugar insalubre? Su vida ya ha sido entregada, de modo que la muerte no tiene terrores para él. Va de buena gana, «no tomando su vida en la mano», sino dejándola al cuidado de Cristo en Dios. Si Cristo, en quien su vida está escondida, desea permitirle dormir por un tiempo, está bien. Además, no se desanima por las dificultades en la obra que Cristo le ha encomendado; porque tiene un conocimiento práctico del poder de Cristo y sabe que aquel que derribó las cosas altas que se habían exaltado en su propio corazón contra Cristo, es capaz de someter todas las cosas a sí mismo. La vida que vive es la vida de Cristo, siempre y cuando, a cada momento de su vida, se entregue y esté tan completamente consagrado como lo estuvo en el momento en que murió.

Es necesario que muramos continuamente, y que conozcamos continuamente el poder de Dios y de la resurrección de Cristo. Porque «somos salvos por su vida». Debemos conocer y experimentar el mismo poder que Dios obró en Cristo cuando lo resucitó de los muertos. Tomamos ese poder, —¿cómo? «Sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos».

Es simplemente una cuestión de hacer de la resurrección de Cristo algo práctico en nuestras vidas. Es simplemente creer que lo que Dios pudo hacer por Cristo, mientras yacía en el sepulcro, puede hacerlo por nosotros. Ese poder que sacó a Cristo de los muertos puede mantenernos vivos de entre los muertos. Si tenemos la vida de Cristo, y está obrando en nosotros, debe hacer por nosotros todo lo que hizo por él cuando estuvo en Galilea y Judea.

¡Qué pensamiento tan precioso es que nuestras vidas no son nuestras! Solo tenemos la vida de Cristo. Es este pensamiento lo que hace que un hombre triunfe incluso en la muerte. ¿Por qué? ¡El aguijón de la muerte se ha ido! La muerte no aguijonea al hombre justo, porque está libre del pecado. Fue el conocimiento de esto lo que permitió a los mártires como Jerónimo y Hus ir a la

hoguera, cantando cánticos de triunfo y victoria. «No temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno». Nuestras vidas están escondidas con Cristo en Dios, de modo que no tememos el poder de los hombres impíos, ni del diablo mismo. Cuando nos hemos entregado a Cristo, y nuestra vida está escondida con él, ¿qué importa si esta vida se interrumpe pronto o no? Andamos con Cristo, y él controla nuestras vidas. Hombres impíos o demonios no pueden tocar nuestra vida más de lo que pudieron retener a Cristo en el sepulcro.

¡Oh, que sintiéramos el poder de esa vida y supiéramos que somos Suyos! Cuando lo obtengamos, el poder de Dios acompañará el mensaje, a medida que salgamos a llevarlo. ¿Qué importa si los hombres nos traen reproches? —estamos muertos, y nuestra vida está escondida con Cristo en Dios; y la vida que vivimos, la vivimos en él, y por la fe en él. Este es el poder del evangelio, y la esperanza que hace que el cristiano triunfe incluso en la muerte. Es la esperanza de la resurrección; porque cuando el hombre es llamado a acostarse y dormir, duerme en Jesús. Su vida es tan segura, y aun más segura, entonces, que si estuviera vivo sobre la tierra. Su probación está sellada; ha peleado la buena batalla; ha terminado su carrera y ha guardado la fe. Bien podría decir el apóstol que no se entristecía por los que dormían, como por los que no tenían esperanza.

Cuando la iglesia de Dios y los ministros de Dios hayan muerto en verdad, renunciando a todo lo que ha pertenecido a su propia vida, entonces pertenecerán a Cristo en hecho y en verdad. Si Cristo está dispuesto a confiarnos algunas de estas cosas; si hemos de ser preservados en la tierra por un tiempo, está bien. Si, por otro lado, él cree que es mejor llevarnos, eso también está bien. Ya sea durmiendo en el sepulcro o trabajando para el Maestro en la tierra, no importa, porque es Cristo todo el tiempo.

Cuando captamos estas ideas y las hacemos nuestras, y podemos tenerlas tan pronto como queramos, son preciosas para nosotros. Habiendo calculado el costo de renunciar a todas esas cosas que nos han sido queridas, si estamos preparados para contarlas todas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Jesucristo nuestro Señor, entonces podemos entregarnos por completo a Cristo.

Tan pronto como estemos dispuestos a calcular el costo y a dejarnos crucificar con Cristo; renunciando al orgullo de la vida, la concupiscencia de la carne y todas esas cosas que han pertenecido a nuestra vieja vida, sin hacer provisión para la carne, entonces el poder de Cristo viene sobre nosotros. ¡Pero todavía estamos viviendo en la tierra! Sí, pero hemos entregado nuestra vida, y todo lo que hay en nosotros es Cristo obrando en nosotros.

En el mismo momento en que un hombre niega todo lo que pertenece a la carne, en ese mismo momento puede decir que Cristo es suyo y que tiene la vida de Cristo. ¿Cómo lo sabe? ¡Por la fe en la operación de aquel que resucitó a Cristo de los muertos!

«Sabido esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado. Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñoreará más de él.»

La vida de Cristo es una vida eterna. Él voluntariamente se sometió al dominio de la muerte. Al hacer esto demostró su poder sobre la muerte. Descendió al sepulcro para mostrar que allí mismo, mientras estaba atado por las cadenas de la cárcel del sepulcro mismo, tenía poder para romper esas cadenas y salir libre y victorioso. Por lo tanto, dado que ya no muere, y tomamos esa vida sin pecado suya, entonces podemos considerarnos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús Señor nuestro. Como la muerte no puede tener dominio sobre él, así el pecado, que es el aguijón de la muerte, no puede tener dominio sobre nosotros.

Un interrogador podría decir: «Vosotros hacéis que nunca más debamos pecar, —no dejáis lugar para el pecado». Pero, ¿no es eso lo que dice la Biblia? «Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia». Pertenecemos al Señor Jesucristo. ¿Cómo? Por la muerte, no hacemos provisión para que la carne satisfaga sus deseos. Existe una entrega completa a Cristo, —cuando lo entregamos todo, y luego confiamos en su poder

para mantenernos en ese estado. Y doy gracias a Dios porque él es capaz de hacerlo.

Los hombres emprenden expediciones peligrosas, —algunos para conquistar un país, y cuando llegan a esa tierra, queman los barcos en los que vinieron, para no poder regresar si lo desearan. Es correcto que calculemos bien el costo. No tiene sentido lanzarse de cabeza a la batalla. Analicemos todo el terreno. Aquí está este placer, y aquella indulgencia; ¿puedo renunciar a ellos? Me han sido muy queridos, se han entrelazado con mi vida misma. Están identificados conmigo, de modo que se muestran en mi propia fisonomía, están incrustados en mi propio carácter y son parte de mí mismo. Me he aferrado a ellos como me he aferrado a la vida misma. Pero Cristo no estaba en ellos, no saben para nada a la vida de Cristo. Por el gozo puesto delante de él, él soportó la cruz. ¿Puedo yo, por el bien de compartir ese gozo, *soportar esa cruz*? ¿Puedo renunciar a los placeres del pecado por un tiempo, para compartir las riquezas de Cristo y el gozo de su salvación? Estas son las preguntas que debemos hacernos.

Mirad hacia arriba y poned vuestros ojos en Cristo y en el gozo de la salvación presente. Ellos forman el lado opuesto del cuadro. Existe el gozo de tener un poder infinito obrando en nosotros. Por ese gozo que podemos tener ahora, ¿estamos dispuestos a renunciar a todo, y a participar de los sufrimientos de Cristo, y a hacernos partícipes de su muerte y del poder de su resurrección? Este es un gozo que durará para siempre, ¡así que quememos los barcos y los puentes detrás de nosotros! ¿Podemos renunciar a todas estas cosas que nos han sido tan queridas, podemos renunciar a ellas para siempre? Esa es la parte difícil.

Dice alguien: «He intentado renunciar a estas cosas antes y he vuelto a caer, ahora ¿cómo sé que no volveré a caer?» Ah no, esta vez no estás haciendo una nueva resolución, no estás pasando una nueva página, y diciendo que vas a mejorar. Simplemente estás dejando ir la vieja vida y todas las resoluciones. Simplemente di: Sé que hay poder en Dios. Y ese mismo poder que hizo existir el mundo, ese mismo poder que sacó a Cristo del sepulcro, —en las manos de ese poder me entregaré, y dejaré que me sostenga y me guarde en la nueva vida. Y día

a día, al hacer eso, nuestros corazones se llenarán de gratitud a Dios por su maravilloso poder.

No nos corresponde hacer provisión para la carne en sus pasiones; sino que debemos salir y aferrarnos a la vida de Cristo, y sentir que el poder de Dios está obrando en nosotros. Cuando sintamos ese poder obrando, —ese milagro que se obra en nosotros—, las tentaciones a las que hemos cedido tan a menudo, las prácticas pecaminosas a las que hemos dado paso, serán vencidas, y nos elevaremos por encima de ellas. Entonces podremos salir al mundo, en el poder de Cristo, y llevar el mensaje, como nunca antes lo hemos hecho.

¿Cómo es que tendremos más poder? Porque sabemos que si Dios puede obrar ese milagro por nosotros, puede hacerlo por cualquiera. Nuestra obra, desde un punto de vista humano, es imposible; surgen dificultades por todas partes; pero tenemos el conocimiento de lo que el poder de Dios puede hacer, y por lo tanto salimos con fe de que aquel que puede derribar imaginaciones en nuestros corazones, y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y puede llevar cautivo todo pensamiento a la obediencia de Cristo, puede hacer esa misma obra por otros, ya que la ha hecho por nosotros. Fue ese mismo poder el que hizo que los muros de Jericó cayeran ante el pueblo de Dios. Estoy muy agradecido de que el Dios que nos ha llamado a ser sus siervos sea un Dios de poder infinito. Aferraos a ese poder y comprobadlo por vosotros mismos.

«Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro.» «Así también» — ¿Cómo qué? Así como Cristo resucitó de los muertos para no morir más, así también consideraos muertos al pecado para no pecar más. ¿Es eso cierto? Notadlo cuidadosamente, —que el pecado no se enseñoreará más de vosotros. Eso es lo que dice la Biblia. Ya no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia. Ya no estamos bajo condenación, sino que la gracia de Dios reposa sobre nosotros. El espíritu de gloria y de gracia está presente con nosotros.

Hay poder en Cristo. ¿Cuál es ese poder? Notad. ¡Gracia es favor! En el favor de Dios hay vida. Entonces, ¿cuál es el poder de la gracia de Cristo? Es el poder

de una vida interminable. Si los hombres realmente creen que Cristo ha resucitado de los muertos, pueden creer que están muertos al pecado, pero vivos para Dios, y libres de pecado. ¿Quiere decir el apóstol libres de pecado? Es un pensamiento solemne, pero glorioso. ¡Cuán agradecidos deberían estar los hombres de poder tener esa confianza en el poder de Dios por medio de Cristo, que sin ninguna reserva mental pueden tomar este capítulo y creerlo! Sí, creer estas mismas palabras: «Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado . . . así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús».

Pero ¿es cierto que el hombre puede vivir sin pecado? En la última parte del capítulo leemos: «Porque cuando erais esclavos del pecado, erais libres en cuanto a la justicia.» Todos sabemos lo que eso significa. Nuestra experiencia pasada no es tan agradable de recordar. En ella no vemos nada bueno. Ahora, ¿por qué éramos libres en cuanto a la justicia? —Porque éramos siervos de Satanás. «Mas ahora, habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios para santificación, y como resultado, la vida eterna». Cristo es el autor de la justicia. El servicio que rendimos es suyo. ¿Cuáles somos, siervos de Cristo o siervos de Satanás? Cuando éramos siervos de Satanás, no hacíamos ninguna justicia. Pero ahora somos siervos de Dios. «Ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia.» «¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?»

Hay solo dos servicios. El servicio de Satanás, que es de pecado para muerte, y el servicio de Cristo, que es de obediencia para justicia. Un hombre no puede servir a dos señores. Todos creen eso. Entonces es imposible servir al pecado y a la justicia al mismo tiempo. Ahora nos llamamos cristianos. ¿Qué significa eso? ¡Seguidores de Cristo! Pero en toda nuestra experiencia cristiana hemos dejado pequeñas escapatorias aquí y allá para el pecado. Nunca nos hemos atrevido a llegar a ese lugar donde creeríamos que la vida cristiana debería ser una vida sin

pecado. No nos hemos atrevido a creerlo ni a predicarlo. Pero en ese caso no podemos predicar la ley de Dios plenamente. ¿Por qué no? Porque no entendemos el poder de la justificación por la fe. Entonces, sin la justificación por la fe es imposible predicar la ley de Dios en toda su extensión. Por lo tanto, predicar la justificación por la fe no le resta ni disminuye a la ley de Dios, sino que es lo único que la exalta.

Ahora bien, ¿podemos ser siervos de Cristo mientras cometemos pecados y hacemos provisión para que la carne satisfaga sus deseos? ¿Es Cristo ministro de pecado? ¿De quiénes somos siervos mientras cometemos pecado? Somos siervos del pecado, y el pecado es de Satanás. Ahora, si un cristiano (?) está cometiendo pecado parte del tiempo y haciendo justicia el resto del tiempo, debe ser que Satanás y Cristo están asociados, de modo que tiene un solo amo, porque no puede servir a dos amos.

Pero no hay consorcio entre la luz y las tinieblas, —entre Cristo y Belial. Están en deadly antagonismo, se oponen el uno al otro, y han librado una batalla hasta la muerte. No hay cuartel en ninguno de los lados. Entonces es absolutamente imposible que el hombre sirva a estos dos amos. Debe estar de un lado o del otro. «¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?» Sabemos bastante sobre ser siervos del pecado. Nos hemos entregado como instrumentos de injusticia para el pecado.

Ahora surge la pregunta: ¿Cómo voy a convertirme en siervo de Cristo, para poder morir a mi vieja vida? «A quien os sometáis como siervos para obedecerle, siervos sois de aquel a quien obedecéis». La palabra traducida «siervo» en realidad significa un «siervo esclavo». En el mismo momento en que me entrego a Cristo para convertirme en su siervo, en ese mismo momento soy su siervo esclavo. En ese mismo momento le pertenezco. ¿Cómo sé que Cristo aceptará mi servicio si se lo doy? Porque él ha comprado ese servicio y ha pagado el precio por él. Y en todos esos años en que me entregué como siervo al pecado, le he estado defraudando de su derecho. Pero todo este tiempo en que he estado reteniendo mi servicio, él ha estado buscando, y procurando atraerme a él. Y cuando

decimos: «Aquí, Señor, aquí estoy, me entrego a ti», en ese mismo momento Cristo nos ha encontrado, porque nos ha estado buscando, y somos sus siervos.

Pero ¿cómo sabemos que vamos a continuar en su servicio? ¿Cómo sabemos que podemos vivir la vida de Cristo? De la misma manera que sabemos que hemos vivido la vida de pecado. Cuando consideramos este asunto de quiénes seremos siervos, queremos tomar en cuenta el poder de los dos amos. Cuando éramos siervos del pecado, estábamos libres de justicia, porque Satanás nos influía y nos usaba como quería, y estábamos a merced de su poder.

¿Es el pecado más fuerte que la justicia? ¿Es Satanás más fuerte que Cristo? ¡No! Entonces, así como Cristo ha demostrado ser el más fuerte de los dos, y tan ciertamente como cuando éramos siervos del pecado, este tenía el poder de mantenernos libres de justicia; así cuando nos entregamos como siervos de Cristo, él tiene el poder de guardarnos del pecado. La batalla no es nuestra; es de Dios. Dije que Cristo y Satanás no estaban asociados, sino que existe la más amarga antagonismo entre ellos.

Todos están familiarizados con las palabras: «El Gran Conflicto entre Cristo y Satanás». Es una frase común entre nosotros. ¿Sobre qué trata el conflicto? Es sobre las almas de los hombres y el lugar de su morada. Quién tendrá tu servicio y el mío, es la pregunta por la que están luchando. El conflicto es entre Cristo y Satanás. No solo son los principales en el conflicto, sino que todo el conflicto es entre ellos, y solo entre ellos.

Tenemos esto que decir: —ninguno de ellos puede tomar nuestro servicio contra nuestra voluntad. Por nosotros mismos no tenemos poder para resistir a Satanás; lo hemos intentado. No tenemos poder para enfrentarlo; no podemos enfrentarlo y vencerlo. No tenemos ningún poder en absoluto; pero al mismo tiempo sabemos que no queremos ser sus siervos. Sí; y no solo diremos: No quiero ser su siervo, sino que no seré su siervo. Así que en lugar de poner nuestra fuerza contra Satanás, nos entregamos a Cristo y repetimos una y otra vez, como David el salmista: «Oh Jehová, ciertamente yo soy tu siervo; siervo tuyo soy, hijo de tu sierva; tú has roto mis cadenas.» (Salmos 116:16).

¿Qué? Yo era siervo esclavo de Satanás, pero en el mismo momento en que le dije a Cristo: «Seré tu siervo», él rompió mis cadenas y asumió la responsabilidad de defenderme contra Satanás, quien no tiene derecho sobre mí. Así que cuando Satanás viene a recuperarme y a hacerme su siervo esclavo de nuevo, Cristo lo confronta, así como lo confrontó cuando estuvo aquí en la tierra. Así que simplemente di a tu propio corazón, y a Satanás, que eres de Cristo, y que él ha roto tus cadenas. Entonces eres verdaderamente libre. Has calculado el costo, y ahora puedes tomar las palabras de David y repetir las una y otra vez.

Tu vida ya no es tuya, es la vida de Cristo. Su vida, su misma existencia, está enfrentada a Satanás. La batalla pasa por encima de nuestras cabezas, porque estamos muertos, y nuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Dice el salmista: «En lo secreto de tu presencia los guardarás del orgullo del hombre; los esconderás en un pabellón del combate de las lenguas». La batalla entre Cristo y Satanás se libra sobre nuestras cabezas, y estamos escondidos en el pabellón secreto. Esta es la victoria que vence al mundo, porque Cristo ha obtenido la victoria sobre Satanás, y al aferrarnos a las promesas de Cristo por fe, y al aferrarnos a la vida de Cristo, la victoria sobre Satanás es nuestra.

¿No dice Cristo que todo poder le es dado en el cielo y en la tierra? Notad las preciosas palabras en Efesios 1:19-21: «y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, muy por encima de todo principado y autoridad y poder y señorío, y de todo nombre que se nombra.» (Efesios 1:19-21).

Ese mismo poder que lo colocó en esa posición exaltada que está muy por encima de todo principado y poder, —¿qué ha hecho por nosotros? «Nos dio vida juntamente con Cristo, y juntamente nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús». ¿Dónde estamos colocados? «Muy por encima de todo principado y poder».

Entonces la victoria es nuestra en Cristo, y él ya ha ganado la victoria. Ha conquistado una paz para nosotros. Tan ciertamente como nos da su paz, así de

seguro ha ganado la victoria para nosotros. Así que en la hora de la prueba tenemos una victoria que ya ha sido ganada. Bien podemos decir que la batalla pasa por encima de nuestras cabezas, y grande es nuestra paz. Hay paz todo el tiempo.

La fuerza del cristiano radica en someterse, —la victoria en entregarse a Cristo, para que él pueda guardarnos en su presencia y cubrirnos en su pabellón de la contienda de las lenguas. Entonces no importa cuán grande sea la prueba, si tenemos a Cristo, habrá paz en nuestros corazones.

¡Oh, que cada uno en esta casa se llene del deseo de tener a Cristo y su justicia, para que esta misma noche podamos tomar su palabra e inspirarnos en su inspiración, y entonces tendremos y seremos capaces de vivir la vida de Cristo! Entonces podremos salir como misioneros de Cristo y hacer el bien. Cuando tomemos ese poder que tenemos por la fe en él, no pasará mucho tiempo hasta que la obra sea acertada en justicia, y veremos a aquel a quien, sin haberle visto, amamos.